

Impactos de la situación social de América Latina sobre la familia y la educación: interrogantes y búsquedas

BERNARDO KLIKSBERG

Instituto Interamericano para el Desarrollo Social — Washington, DC

La evolución de la situación social de la región ha generado fuerte preocupación en amplios sectores. Diversos organismos internacionales, entre ellos las Naciones Unidas y el BID, han llamado la atención sobre alarmantes indicadores de déficits sociales. La Iglesia, a través de sus máximas autoridades, ha hecho repetidos llamamientos a dar la máxima prioridad a las graves dificultades que experimentan extensos grupos de la población. La ciudadanía ha indicado, por diversas vías, que considera que sus problemas de mayor gravedad se hallan en el área social. Así interrogada sobre cuáles estima que son los problemas más importantes, una muestra de casi 15.000 personas, representativa de 14 países de la región (LatinBarómetro, 1998), indicó como tales: desocupación (21%), a la que se suma inestabilidad en el empleo (6%), educación (18%), bajos salarios (8%), pobreza (7%), corrupción (7%). Todos los problemas priorizados son sociales. A ellos se agrega el de las prácticas corruptas.

La inquietud generalizada respecto a lo social tiene fundamentos muy concretos en la realidad. Ocampo (1998) caracteriza el conjunto de la situación de este modo:

Siguen aumentando los niveles de pobreza absoluta, los niveles de desigualdad no muestran mejoría, y sigue aumentando el empleo en el sector informal.

Efectivamente, estimaciones nacionales recientes señalan que gruesos sectores de la población están por debajo de la línea de la pobreza en numerosos países. El informe "Estado de la Región" (PNUD-Unión Europea, 1999) refiere que más del 60% de los 34,6 millones de centroamericanos vive en pobreza, y el 40% de ellos en la miseria. Las cifras respectivas señalan que se hallan por debajo del umbral de pobreza el 75% de los guatemaltecos, el 73% de los hondureños, el 68% de los nicaragüenses, y el 53% de los salvadoreños. Más de 10 millones de centroamericanos (29% del total) no tienen acceso a servicios de salud, y dos de cada cinco carecen de agua potable y saneamiento básico. Un tercio de los habitantes son analfabetos. Según marca el informe, las cifras son peores para la población indígena. En Guatemala, por ejemplo, la pobreza es del 86% entre los indígenas, y del 54% para los no indígenas. En Ecuador, se estima que el 62,5% de la población se halla por debajo de la pobreza. En Venezuela, estimaciones oficiales ubican la pobreza en cerca del 80% de la población. Se estima (FUNDACREDESA, 1999) que 10 millones de personas (41,74% de la población) se hallan en pobreza extrema. En Brasil se ha estimado que un 43,5% de la población gana menos de 2 dólares diarios, 40 millones viven en pobreza absoluta. En la Argentina, una estimación reciente (1999) refiere que el 45% de la población infantil, menor de 14 años, vive por debajo de la línea de la pobreza.¹

La región presenta elevados niveles de desocupación e informalidad que son una causa central de la evolución de la pobreza. Según Víctor Tokman (1998), la tasa de desempleo promedio subió de 7,2 en 1997 a 8,4% en 1998, y se estima, en 1999, en 9,5%. A esas altas tasas se suma el ascenso del porcentaje de mano de obra activa que trabaja en la economía informal, constituida en tramos importantes por ocupaciones inestables, sin base económica sólida, de reducida productividad, bajos ingresos, y por la ausencia de toda protección social. La informalización implica, según subraya Tokman (1998), un proceso de descenso de la calidad de los trabajos existentes. En 1980 trabajaba en la economía informal el 40,6% de la mano de obra no agrícola ocupada; hoy es el 59%. A ello se agrega la precarización. Hay un número creciente de trabajadores sin contrato, y bajo contratos temporales. Alrededor del 35% de los asalariados está en esas condiciones en Argentina, Colombia y Chile, y el 74% en el Perú.

Uno de los puntos de preocupación central, con múltiples consecuencias, es que las serias dificultades ocupacionales son aún de mayor envergadura en los grupos jóvenes. Así lo indica el cuadro siguiente:

Cuadro 1 - Tasas de desempleo abierto entre los jóvenes - zonas urbanas

País	Sexo	Tasa de desempleo, total de la población	Tasa de desempleo, población entre 15-24 años
Argentina	Total	13,0	22,8
	Hombres	11,5	20,3
	Mujeres	15,5	26,7
Brasil	Total	7,4	14,3
	Hombres	6,4	12,4
	Mujeres	8,9	17,0
Colombia	Total	8,0	16,2
	Hombres	5,4	11,9
	Mujeres	11,6	21,0
Chile	Total	6,8	16,1
	Hombres	5,9	14,0
	Mujeres	8,4	19,3
Uruguay	Total	9,7	24,7
	Hombres	7,3	19,8
	Mujeres	13,0	31,5

Fuente: CEPAL, "Panorama Social de América Latina, 1996" (mencionado por Minujin, A., "Vulnerabilidad y exclusión en América Latina", en Bustelo y Minujin, *Todos entran*, UNICEF, Santillana, 1998).

Como se observa, el desempleo entre los jóvenes casi duplica en todos los países informados el elevado desempleo promedio de la economía. Ello crea un foco de conflicto muy serio. Además, se observa un claro sesgo de género. Es superior en las mujeres jóvenes a los hombres jóvenes.

Desempleo, subempleo y pobreza se ligan estrechamente. Llevan a carencias de todo orden en la vida cotidiana. Una de sus expresiones más extremas es la presencia, en diversos países, de cuadros alarmantes de desnutrición. En Centroamérica se estima que un tercio de los niños menores de 5 años presentan un peso y una talla inferiores a los que deberían tener. En Nicaragua, entre otros casos, estimaciones del Ministerio de Salud (1999) indican que el 59% de las familias cubren menos del 70% de las necesidades de hierro que requiere el organismo, el 28% de los niños de menos de 5 años padecen anemias por el poco hierro que consumen, 66 niños de cada 100 presentan deficiencias de salud por la carencia de vitamina A, y el 80% de la población consume sólo 1700 calorías diarias, cuando la dieta normal debería no ser menor a las 2.125 calorías. La desnutrición y otros factores llevan a pronunciadas diferencias de peso y talla. En Venezuela, un niño de 7 años de los estratos altos pesa un promedio de 24,3 Kg. y mide 1,219 m. Un niño de

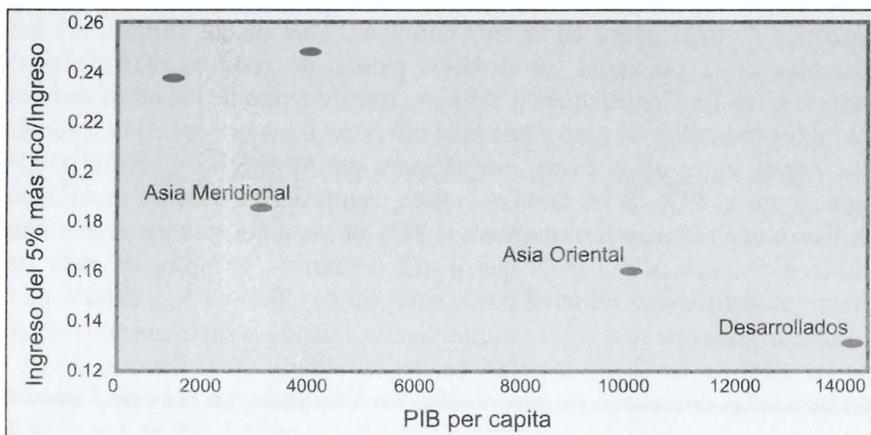
similar edad, de los estratos pobres, pesa 20 Kg. y mide 1,148 m. La desnutrición se da incluso en realidades como la de la Argentina. Se estima que uno de cada cinco niños de la zona con mayor población del país, el Gran Buenos Aires, padece de problemas de ese orden. Un informe de la Organización Panamericana de la Salud y CEPAL (1998), destaca sobre el problema:

Se observa en casi todos los países de la región un incremento en enfermedades no transmisibles crónicas asociadas con alimentación y nutrición.

La desnutrición y otros aspectos de la pobreza llevan a fuertes retrasos en los niños pobres, que van a afectar toda su existencia. Estudios de UNICEF (1992) identificaron retrasos en el desarrollo psicomotor de una muestra de niños pobres a partir de los 18 meses de edad. A los cinco años, la mitad de los niños de la muestra examinada presentaban retrasos en el desarrollo del lenguaje, 40% en su desarrollo general y 30% en su evolución visual y motora.

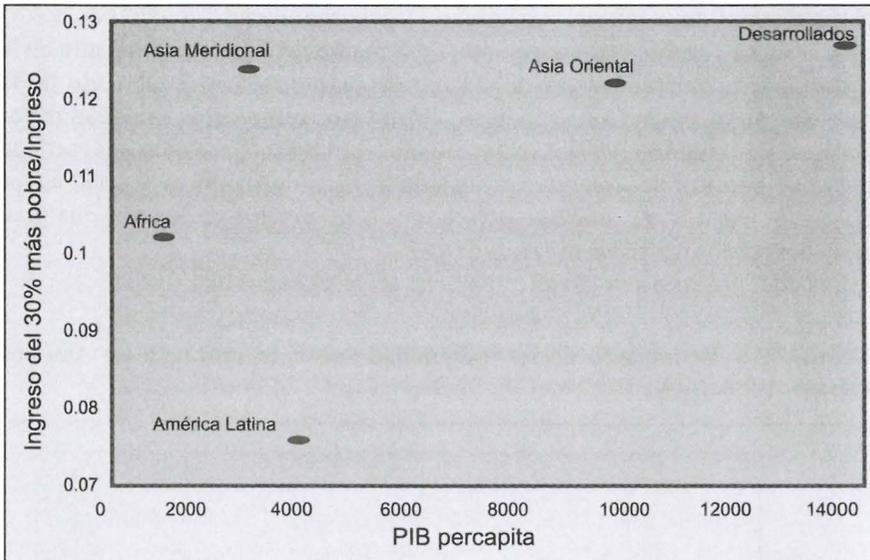
Junto a la pobreza, la situación social de América Latina se singulariza por acentuadas inequidades. Como lo ha resaltado repetidamente Enrique V. Iglesias, "pobreza e inequidad son las dos grandes asignaturas pendientes" de la región. La región se ha convertido, según indican las cifras, en el Continente de mayor polarización social del mundo. El Informe de Progreso Económico y Social del BID (1998/99) proporciona las siguientes cifras al respecto:

Gráfico 1 - Ingreso que recibe el 5% más rico (porcentaje del ingreso total)



Como se observa, en América Latina el 5% más rico de la población recibe el 25% del ingreso. La proporción supera a lo que recibe el 5% más rico en las otras áreas del globo. A su vez, es la región donde el 30% más pobre de la población recibe el menor porcentaje del ingreso (7,6%) en relación a todos los otros continentes, como puede apreciarse en el siguiente gráfico del BID:

Gráfico 2 - Ingreso que recibe el 30% más pobre (porcentaje del ingreso total)



Fuente gráficos 1 y 2: BID-IPES, 1988.

Medida asimismo en términos del coeficiente de Gini, que da cuenta del nivel de desigualdad en la distribución del ingreso de una sociedad, América Latina presenta el peor coeficiente de Gini a nivel mundial, como puede apreciarse a continuación:

Cuadro 2 - Inequidad comparada (medida con el coeficiente de Gini)

Países más desarrollados, en términos de equidad (Suecia, Dinamarca, Países Bajos, otros)	0,25 a 0,30
Países desarrollados	0,30
Gini promedio universal	0,40
América Latina	0,57

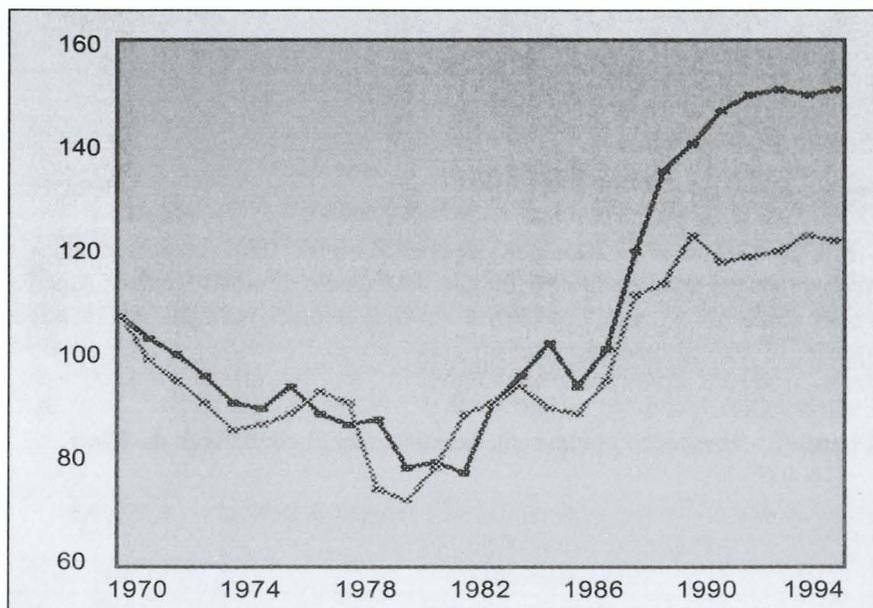
Cuanto más bajo es el coeficiente de Gini, mejor es la distribución del ingreso en una sociedad. El de América Latina supera ampliamente a los de los países más equitativos y es significativamente más elevado que la media mundial.

Las acentuadas disparidades sociales de la región tienen impactos regresivos en múltiples áreas. Entre ellas: reducen la capacidad de ahorro nacional, limitan el mercado interno, afectan la productividad, tienen diversos efectos negativos sobre el sistema educativo, perjudican la salud pública, potencian la pobreza, favorecen la exclusión social, erosionan el clima de confianza interno y debilitan la gobernabilidad democrática.

Inequidad y pobreza interaccionan estrechamente. El empeoramiento de la inequidad ha operado como un factor de gran peso en el aumento de la pobreza en la región. Así lo indican, entre otros estudios, los realizados por Birdsall y Londoño (1997). Los investigadores han reconstruido cuál sería la curva de pobreza de América Latina si la desigualdad hubiera seguido en los 80 en los mismos niveles que presentaba a los inicios de los 70, que eran elevados, pero que se acentuaron después.

Las conclusiones son las que aparecen en el siguiente gráfico:

Gráfico 3 - El impacto de la desigualdad sobre la pobreza en América Latina, 1970-1995



Fuente: Birdsall, N. y J. L. Londoño. "Asset inequality matters: an assessment of the World Bank's approach to poverty reduction", *American Economic Review*, May, 1997.

La línea sólida del cuadro indica la evolución de la pobreza en millones de pobres entre 1970 y 1995. La línea quebrada es una simulación econométrica que indica cuál hubiera sido esa evolución si se hubiera mantenido la estructura de distribución de ingresos de inicios de los 70. La pobreza hubiera sido en ese caso, según estiman, la mitad de la que efectivamente fue. Hay un "exceso de pobreza", de importantes dimensiones, causado por el aumento de la desigualdad.

Este trabajo parte de estas realidades preocupantes y se plantea poner a foco dos interrogantes básicos: ¿cuál es el impacto de la pobreza y la inequidad sobre una institución fundamental del tejido social, la familia? y ¿cómo han afectado los desarrollos referidos a los sistemas educativos de la región?. Familia y sistema educativo son, en definitiva, las dos grandes matrices formadoras de los recursos humanos de una sociedad. En esos dos ámbitos se define, en buena medida, la calidad de dichos recursos, que va a ser decisiva en el mundo actual, en términos de progreso tecnológico, competitividad y crecimiento económico. Por otra parte, y esta distinción es esencial, el ser humano no sólo es un instrumento productivo, sino que su desarrollo integral es, en definitiva, el fin último de las sociedades organizadas. La familia y la educación son dos ámbitos determinantes sobre los grados de crecimiento, realización, equilibrio, salud y plenitud afectiva que las personas pueden alcanzar. La sociedad y sus miembros juegan, pues, aspectos centrales de su progreso y bienestar en las condiciones en que operan las estructuras familiares y educativas. En este trabajo se trata de explorar cómo pueden estar afectándolas la pobreza y la inequidad. Se trata de una exploración acotada. Sólo se revisarán algunos efectos. El tema es muchísimo mayor, y de algún modo el trabajo pretende señalar la urgencia de que se convierta en un objeto de investigación creciente.

Buscando los objetivos mencionados, en un primer momento se formulan algunas reflexiones sobre roles relevantes que está desempeñando la familia en las sociedades actuales. Luego, se incursiona en algunos efectos de la pobreza y la inequidad sobre la familia en América Latina. A continuación, se indagan ciertas consecuencias de ambos sobre la escuela en la región. Finalmente, se extraen algunas conclusiones.

El redescubrimiento de la familia

A fines del siglo XX existe una creciente revalorización del rol de la familia en la sociedad. Desde la perspectiva espiritual, la familia apareció siempre como la unidad básica del género humano. Las grandes cosmovisiones religiosas destacaron que su peso en lo moral y afectivo era decisivo para la vida. En los últimos años se han agregado a esa perspectiva fundamental

conclusiones de investigación de las ciencias sociales que indican que la unidad familiar realiza, además, aportaciones de gran valor en campos muy concretos. Entre otros aspectos, las investigaciones destacan el papel de la familia en el rendimiento educativo, en el desarrollo de la inteligencia emocional, en las formas de pensar, en la salud y en la prevención de la criminalidad.

La calidad de la escuela tiene desde ya una considerable incidencia en el rendimiento educativo. El currículum, la calificación de los docentes, los textos escolares, los otros materiales de apoyo utilizados, la infraestructura escolar, influyen en todos los aspectos de los procesos de aprendizaje. Pero hay otros factores incidentes, según refieren las investigaciones. Según concluye CEPAL (1997), el 60% de las diferencias en *performance* estarían vinculadas al clima educacional del hogar, su nivel socioeconómico, la infraestructura de vivienda (hacinadas y no hacinadas) y el tipo de familia. Aspectos básicos de la estructura de la familia tendrían, por tanto, fuerte influencia en los resultados educativos. Estarían, entre ellos, elementos como el grado de organicidad del núcleo familiar, el capital cultural que traen consigo los padres, su nivel de dedicación a seguir los estudios de los hijos, su apoyo y estímulo permanente a los mismos.

Múltiples estudios corroboran esta tendencia y el papel clave de la fortaleza del núcleo familiar. La Secretaría de Salud y Servicios Humanos de EE.UU. realizó un estudio sobre 60.000 niños. Wilson (1994) informa sobre sus conclusiones:

En todos los niveles de ingreso, salvo el muy alto (más de 50.000 dólares al año), en el caso de los dos sexos y para los blancos, negros e hispanos por igual, los niños que vivían con una madre divorciada o que nunca se había casado, estaban claramente peor que los pertenecientes a familias que vivían con los dos progenitores. En comparación con los niños que vivían con sus dos padres biológicos, los niños de familia con un solo progenitor eran dos veces más propensos a ser expulsados o suspendidos en la escuela, a sufrir problemas emocionales o de la conducta y a tener dificultades con sus compañeros. También eran mucho más proclives a tener una conducta antisocial.

Las características de la familia tienen asimismo influencia sobre otro tipo de educación, la emocional. Hay un significativo interés actualmente en el tema de la denominada "inteligencia emocional". Según indican las investigaciones de Goleman (1995) y otras, el buen desempeño y el éxito de las personas en su vida productiva no se halla ligado sólo a su cociente

intelectual, sino que tiene además estrecha relación con sus calidades emocionales. Entre los componentes de este orden particular de inteligencia, se hallan el autodominio, la persistencia, la capacidad de automotivación, la facilidad para establecer relaciones interpersonales sanas y para interactuar en grupos, y otras semejantes. Según se ha verificado, con frecuencia personas de elevada inteligencia emocional tienen mejores resultados que otras con cociente intelectual mayor, pero reducidas calidades en ese orden. La familia tiene un gran peso en la conformación y desarrollo de la inteligencia emocional. Los niños perciben en las relaciones entre sus padres, y de ellos con los mismos, modos de vincularse con lo emocional que van a incidir sobre sus propios estilos de comportamiento. Destaca Goleman que: "La vida en familia es nuestra primera escuela para el aprendizaje emocional".

Otro aspecto en que la familia con su dinámica va moldeando perfiles de comportamiento en los niños, es el que se produce en el campo de "las formas de pensar". Naum Kliksberg (1999) señala, al respecto, que el niño se vincula con sus padres y hermanos a través de tres modalidades básicas: de aceptación pasiva, de imposición autoritaria y de diálogo democrático. En los hogares tiende a predominar alguno de estos modelos de interacción. Resalta el investigador que si el predominante es el de aceptación pasiva, se genera una forma de pensar "sometida" que acepta argumentos y posiciones, sin inquirir mayormente sobre sus fundamentos. Si la interacción usual es la autoritaria, se desarrolla una forma de pensar orientada a imponer el propio pensamiento al otro y sólo centrada en las coerciones necesarias para lograr ese objetivo. Si, en cambio, el modelo de interacción es "dialogal democrático", la forma de pensar que se desenvuelve es crítica, se sabe escuchar al otro, se trata de entenderlo y de explicarse.

En el campo de la salud, Katzman (1997) señala, resumiendo estudios efectuados en el Uruguay, que los niños extramatrimoniales tienen una tasa de mortalidad infantil mucho mayor, y que los niños que no viven con sus dos padres tienen mayores daños en diferentes aspectos del desarrollo psicomotriz.

Una preocupación central de nuestro tiempo es el aumento de la criminalidad en diversos países. La familia aparece, a la luz de las investigaciones al respecto, como uno de los recursos fundamentales con que cuenta la sociedad para prevenir criminalidad. Los valores inculcados a los niños en la familia en esta materia en los años tempranos, y los ejemplos de conducta observados, van a incidir considerablemente en sus decisiones y conductas futuras. Un estudio en EE.UU. (Dafoe Whitehead, 1993) identificó que examinando la situación familiar de los jóvenes en centros de detención juvenil en el país, se verificaba que más del 70% provenían de familias con padre ausente.

En resumen, la familia, junto a sus históricas y decisivas funciones afectivas

y morales, exaltadas en religiones como la cristiana y la judía, entre otras, cumple funciones esenciales para el bienestar colectivo.

A partir de esa visión existe, en diversos países desarrollados, un activo movimiento de creación de condiciones favorables para el buen desenvolvimiento y el fortalecimiento de la familia. Las políticas públicas de los países de la Comunidad Económica Europea brindan, entre otros aspectos: garantías plenas de atención médica adecuada para las madres durante el embarazo, el parto y el período posterior, amplios permisos remunerados por maternidad que van desde 3 meses en Portugal hasta 28 semanas en Dinamarca, subvenciones a las familias con hijos, deducciones fiscales. Diversos países, como los nórdicos, han establecido extendidos servicios de apoyo a la familia, tales como las guarderías y servicios de ayuda domiciliaria a ancianos e incapacitados.

La necesidad de fortalecer la institución familiar y apoyarla de modo concreto tiene múltiples defensores. Reflejando muchas opiniones similares, un estudio español (Cabrillo, 1990) plantea que "la familia es una fuente importante de creación de capital humano. Por una parte ofrece servicios de salud en forma de cuidado de enfermos y niños que tendrían un elevado coste si tuvieran que ser provistos por el mercado o el sector público. Por otro, es en ella donde tiene lugar la primera educación que recibe un niño, que es además la que tiene una rentabilidad más elevada". Ante ello, se pregunta: "¿en la práctica el sector público está financiando gran parte de los gastos en educación en la mayoría de los países? La pregunta inmediata es: ¿entonces, por qué sólo una parte de la educación, la impartida en escuelas públicas o privadas? Si este tipo de educación es subvencionada, no hay razón alguna para que no se subvencione también la educación impartida en la casa". Otro artículo reciente (Navarro, 1999) reclama: "la universalización (en España) de los servicios de ayuda a la familia", y demuestra su factibilidad en términos de costos económicos.

Frente a esta revalorización internacional del rol de la familia y la verificación de sus enormes potencialidades de aporte a la sociedad, ¿qué sucede en los hechos en América Latina? ¿Cómo afectan la pobreza y la inequidad, antes reseñadas, a las familias concretas de la región?

Algunos impactos de la situación social sobre la familia latinoamericana

El deterioro de parámetros socioeconómicos básicos de la vida cotidiana de amplios sectores de la población de la región está incidiendo silenciosamente en un proceso de reestructuración de numerosas familias. Está surgiendo el perfil de una familia desarticulada en aspectos importantes, inestable, significativamente debilitada.

Ese tipo de familia difícilmente puede cumplir las funciones potenciales de la unidad familiar, caracterizadas en la sección anterior. Ello hace que el reducto último con que cuenta la sociedad para hacer frente a las crisis sociales carezca, por su debilidad, de la posibilidad de jugar el rol que podría desempeñar.

Entre las principales expresiones de los procesos en curso, respecto de las familias, se hallan las que se presentan someramente a continuación.

Mujeres solas jefas de hogar

Un número creciente de unidades familiares tiene sólo uno de los progenitores al frente, en la inmensa mayoría de los casos, la madre. La correlación con pobreza es muy estrecha. Un gran porcentaje de las mujeres jefas de hogar pertenecen a estratos humildes de la población. Un estudio BID-CEPAL-PNUD (1995) describe así la situación:

La casi totalidad de los países de América Latina tienen porcentajes de hogares con jefatura femenina superiores al 20%, lo que contribuye fuertemente al fenómeno conocido como "la feminización de la pobreza". Los estudios de CEPAL dejan en evidencia la mayor pobreza relativa —muchas veces la indigencia— de los hogares a cargo de una mujer.

Efectos de la familia incompleta sobre los hijos

Las consecuencias de pertenecer a una familia en donde el progenitor masculino se halla ausente son muy considerables. Además de lo que significa afectivamente, los padres aportan a los hijos activos fundamentales para la vida. En una investigación pionera sobre el tema, Katzman (1997) reconstruye el cuadro resultante. Señala sobre el rol del padre:

La presencia del padre es clave para proveer o reforzar ciertos activos de los niños: i) como modelo forjador de identidades, especialmente para los varones; ii) como agente de contención, de creación de hábitos de disciplina y transmisor de experiencias de vida; iii) como soporte material, ya que la falta del aporte del padre reduce considerablemente los ingresos del hogar, particularmente porque las mujeres ganan entre un 20% y un 50% menos que los hombres, y iv) como capital social, en la medida en que la ausencia del padre implica la pérdida de una línea de

contacto con las redes masculinas, tanto en el mundo del trabajo como en el de la política y que además, al cortarse el nexo con las redes de parientes que podría aportar el padre, disminuyen significativamente los vínculos familiares potenciales.

La ausencia del padre va a significar la inexistencia de todos estos activos. Las consecuencias pueden ser muy concretas. Va a afectar el rendimiento educacional ante el empobrecimiento del clima socioeducativo del hogar, va a pesar fuertemente sobre el desarrollo de la inteligencia emocional, golpea la salud, crea condiciones propicias para sensaciones de inferiorización, aislamiento, resentimiento, agresividad, resta una fuente fundamental de orientación en aspectos morales. Investigando el caso de los menores internados en el Instituto Nacional del Menor, en el Uruguay, Katzman encuentra que sólo uno de cada tres formaba parte de una familia normal cuando se produjeron los hechos que condujeron a su internación. La cifra, como señala, es sugerentemente similar a la que arroja el estudio sobre centros de detención juvenil en EE.UU. El 63,8% de los niños internados en el Uruguay vivía con su madre, el 30,8% con un padrastro o madrastra, y el 5,4% sin sus padres.

Las fuertes desventajas relativas de los niños criados en hogares de este tipo se agudizan, como marca el investigador, en las condiciones de los mercados de trabajo modernos. Los mismos exigen un nivel de preparación cada vez mayor. Ello significa procesos educativos cada vez más extensos. Contar con una familia integrada, que apoye emocional y prácticamente ese esfuerzo prolongado, es estratégico para culminarlo. Los niños y jóvenes de familias desarticuladas carecen de este capital social clave.

La renuencia a formar y mantener familias

Una proporción creciente de hombres jóvenes de los estratos humildes se resisten a constituir hogares estables. Ello va a aumentar las tasas de familias irregulares e inestables (concubinatos). Esta tendencia parece fuertemente influida por el crecimiento de la pobreza, la desocupación y la informalidad en la región. En muchos de estos casos, el joven no ve la posibilidad de encontrar un empleo estable que le permita cumplir el rol de proveedor principal de los ingresos del hogar, que se espera de él. Por otra parte, un porcentaje significativo de la población con ocupación gana salarios mínimos que se hallan por debajo de los ingresos que se necesitarían para solventar los gastos básicos de una familia, aunque se cuente con aporte femenino. La situación general, como lo indican las encuestas, muestra además un gran temor por la inestabilidad que caracteriza al mercado de trabajo. A todo ello

se suman dificultades objetivas como las severas restricciones para acceder a una vivienda. En estas condiciones, el joven no se ve a sí mismo en rol de esposo y padre de una familia estable. Percibe que le será casi imposible afrontar las obligaciones que ello supone.

Un conflicto similar parece ser uno de los precipitantes del abandono de hogar de jóvenes de las zonas pobres urbanas. Katzman (1992) sugiere que la aparente "irresponsabilidad" con que actúan estaría influida por la sensación de que están perdiendo legitimidad en su rol de esposos y padres al no poder cumplir con la obligación de aportar buena parte de los ingresos del hogar. Sienten dañada su autoestima en el ámbito externo por la dificultad de encontrar inserción laboral estable y en el familiar, porque no están actuando según lo que se espera de su rol. A ello se suma un creciente nivel de expectativas de consumo en los hijos de hogares humildes, incidido por el mensaje de los medios masivos de comunicación. El joven cónyuge se siente así muy exigido, impotente para poder enfrentar las demandas, y desacreditado. En psicología social se plantea que en estas situaciones altamente opresivas, las personas tienden a enfrentarlas hasta las últimas consecuencias o a producir lo que se denominan conductas de "fuga" de las mismas.

Nacimientos ilegítimos

Un claro síntoma de erosión de la unidad familiar lo da el aumento del número de hijos ilegítimos. La renuencia a formar familia estimula el crecimiento de la tasa de nacimientos de este orden. Los estudios de Katzman sobre el Uruguay muestran la siguiente tendencia:

Cuadro 3 - Uruguay: ilegitimidad de nacimientos en Montevideo, 1975, 1984 y 1993

Años	Tasas de ilegitimidad (%)
1975	20,9
1984	23,8
1993	34,5

Fuente: Rubén Katzman, "Marginalidad e integración social en Uruguay", *Revista de la CEPAL*, núm. 62, agosto de 1997.

Como se observa, en sólo 18 años el número de hijos ilegítimos en Montevideo aumentó en el 65%. La ilegitimidad tiene más alto nivel de presentación en las madres más jóvenes, pero es alta en todas las edades.

Madres precoces

Ha aumentado significativamente en la región el número de madres precoces. En la gran mayoría de los casos, la maternidad en la adolescencia no forma familias integradas. Queda sola la madre, con los hijos. Es, asimismo, una causa importante del crecimiento de niños ilegítimos antes referido. Constituye, de por sí, una fuente de familias extremadamente débiles.

Según las cifras disponibles, se halla estrechamente asociada a la pobreza. En los centros urbanos, en el 25% más pobre de la población, el 32% de los nacimientos son de madres adolescentes. En las zonas rurales, el 40%. En el 25% siguiente en nivel de ingresos, las cifras son 20% en los centros urbanos y 32% en las áreas rurales. En total, el 80% de los casos de maternidad adolescente urbana de la región están concentrados en el 50% más pobre de la población, mientras que el 25% más rico sólo tiene un 9% de los casos. En las zonas rurales, las cifras son 70% de los casos en el 50% más pobre y 12% en el 25% más rico.

Aun dentro de los sectores pobres se observa que cuanto mayor es el nivel de pobreza, más alta es la tasa de maternidad adolescente. Así lo ilustra el cuadro siguiente:

Cuadro 4 - América Latina (12 países): mujeres entre 20 y 24 años con hijos sobrevivientes tenidos antes de los 20 años, según cuartiles de ingreso per cápita de sus hogares, 1994 (porcentajes)

País	Total Nacional	Zonas urbanas				Zonas rurales			
		Total	Niveles de pobreza			Total	Niveles de pobreza		
			Indi- gentes	Pobres no ind.	No pobres		Indi- gentes	Pobres no ind.	No pobres
Argentina	...	15	40	30	13
Bolivia	...	24	30	31	18
Brasil	22	20	37	24	12	30	42	31	19
Chile	20	18	39	32	13	28	44	34	25
Colombia	22	19	32	24	13	28	33	26	26
Costa Rica	25	21	54	35	16	29	44	41	26
Honduras	29	23	32	21	15	35	40	30	30
México	19	17	29	25	12	24	27	32	18
Panamá	23	20	40	32	15	33	50	37	24
Paraguay	28	19	38	32	11	40
Uruguay	...	12	76	24	10
Venezuela	22	19	36	24	12	39	58	38	31

Fuente: CEPAL, "Panorama Social de América Latina", 1997.

La fuerte correlación entre pobreza y maternidad adolescente permite inferir que aumentos en la pobreza, como los que se están produciendo en la región, actuarán de estímulos de este orden de maternidad y, por tanto, de la generación de familias muy débiles.

Una variable central en este proceso, según indican las cifras, es un componente de la pobreza: las carencias educativas. En los centros urbanos de la región, el porcentaje de madres adolescentes entre las jóvenes urbanas con menos de seis años de educación es del 40%. Supera a los promedios nacionales del 32%. En el grupo que tiene 6 a 9 años de estudio, el porcentaje de casos de maternidad adolescente desciende al 30%. En las jóvenes con 10 a 12 años de estudio, baja al 15% y en las que tienen 13 o más años de estudio, es inferior al 10%.

La situación que subyace tras el embarazo adolescente en los sectores desfavorecidos configura un "círculo perverso regresivo". La pobreza y la inequidad impactan severamente a dichos sectores en materia educativa, como se verá en la sección siguiente del trabajo. Con limitada escolaridad—recuérdese que la escolaridad promedio de toda América Latina es de sólo 5,2 años, y la de los sectores pobres considerablemente menor— se dan condiciones que facilitan el embarazo adolescente. A su vez, la maternidad en la adolescencia va a conducir a que estas jóvenes dejen sus estudios. Las cifras indican que las madres pobres adolescentes tienen del 25 al 30% menos de capital educativo que las madres pobres que no han tenido embarazo adolescente. Al tener menor nivel educativo e hijos, las madres adolescentes verán reducidas sus posibilidades de obtener trabajos e ingresos, consolidándose y profundizándose la situación de pobreza.

Violencia doméstica

En la región tiene gran amplitud el fenómeno de la violencia doméstica. Según estiman Buvinic, Morrison y Schifter (1999), entre el 30 y 50% de las mujeres latinoamericanas —según el país en que vivan— sufren de violencia psicológica en sus hogares, y entre el 10 y el 35%, violencia física.

Además de su inhumanidad básica y sus múltiples repercusiones sobre la mujer, la violencia doméstica causa daños graves a la estructura familiar. Indica dificultades muy serias en dicha estructura. Tiene repercusiones de todo tipo en los hijos. Un estudio realizado por el BID en Nicaragua (1997) muestra que los hijos de familias con violencia intrafamiliar son tres veces más propensos a asistir a consultas médicas y son hospitalizados con mayor frecuencia. El 63% de ellos repite años escolares y abandona la escuela, en promedio, a los 9 años de edad. Los de hogares sin violencia permanecen, promedio, hasta los 12 años en la escuela.

Por otra parte, la violencia doméstica es a su vez un modelo de referencia

con posibilidades de ser reproducido por los hijos, lo que llevará también a que constituyan familias con serias deficiencias. Diversos estudios, entre ellos Strauss (1980), indican que la tasa de conductas de este orden de los hijos que han visto en sus hogares este comportamiento supera ampliamente a las observables entre quienes no lo han tenido en sus familias.

Si bien el fenómeno es de gran complejidad e influido por numerosas variables, la pobreza aparece claramente como un factor de riesgo clave. Según refiere Buvinic (1997), en Chile, por ejemplo, los casos de violencia física son cinco veces más frecuentes en los grupos de bajos ingresos y la violencia física grave es siete veces más común en ellos, verificándose también esas relaciones en otros países.

Las realidades cotidianas de desocupación, subocupación, informalidad, antes mencionadas, y otros procesos de deterioro económico tensan al máximo las relaciones intrafamiliares y crean ambientes propicios a este fenómeno, fatal para la integridad de la familia.

Incapacidad de la familia de proporcionar una infancia normal

La pobreza y la inequidad colocan a numerosas familias en serias dificultades para poder dar a sus hijos la infancia que desearían y que correspondería. Se abre, ante la presión de las carencias, un cúmulo de situaciones que afectan duramente a los niños, crean todo orden de conflictos en la unidad familiar, e impiden que la familia cumpla muchas de sus funciones.

Una de las expresiones principales de la problemática que se plantea es la figura del niño que trabaja desde edades tempranas. Obedece en muchísimos casos a razones esencialmente económicas. Es enviado a trabajar, o se procura trabajos, para poder realizar algún aporte al hogar carenciado del que proviene y poder subsistir personalmente. Como lo ha señalado reiteradamente la OIT, la situación del niño trabajador es muy dura y contradice los convenios internacionales vigentes de protección del niño y los objetivos básicos de cualquier sociedad. Son largas jornadas, graves riesgos de accidentes de trabajo, ninguna protección social, magras remuneraciones. Asimismo, implica en muchos casos el retraso escolar o, directamente, la deserción del sistema educacional. Ello lo colocará en condiciones de inferioridad para ingresar al mercado de trabajo en el futuro.

Los datos nacionales disponibles siguen todos la misma tendencia. Según un estudio de la Comisión de Empleo y Bienestar Social del Congreso de México (1999), en ese país por lo menos cinco millones de niños trabajan, y la mitad de ellos ha abandonado la escuela. El 70% trabaja entre 5 y 14 horas diarias. Según señalan Barker y Fontes (1996) en un estudio preparado para el Banco Mundial, en Brasil el 50% de los jóvenes entre 15 y 17 años estaba

trabajando en 1990, y lo mismo sucedía con el 17,2% de los niños de 10 a 14 años. En Perú trabajaba el 54% de niños y jóvenes urbanos de 6 a 14 años de edad. En Colombia, en 1992, 380.000 niños y jóvenes de 12 a 17 años trabajaban en áreas urbanas y 708.000 en áreas rurales. Los investigadores agregan una categoría especial, escondida, las niñas que trabajan como domésticas. En Colombia, en 1990, el 9% de las niñas entre 15 y 19 años de edad trabaja en esa calidad, viviendo fuera de sus hogares, en casa de sus patrones. En Haití, según la OIT (1999), el 25% de los niños de 10 a 14 años forma parte de la fuerza de trabajo. Según datos de UNICEF (1995), en Venezuela trabajaban en la economía informal 1.076.000 menores, y otros 300.000 en la economía formal. En Argentina, 214.000 niños de 10 a 14 años trabajan. Según los estimados de la OIT (1999), trabajan en total, en América Latina, 17 millones de niños.

La vinculación entre pobreza y trabajo infantil es muy estrecha. En Brasil, se estima que el 54% de los niños menores de 17 años que trabaja proviene de hogares con renta per cápita menor al salario mínimo.

Los niños de la calle

Existe en la región una población creciente de niños que viven en las calles de muchas urbes. Se los puede encontrar en Río, São Paulo, Bogotá, México, Tegucigalpa y muchas otras ciudades, sobreviviendo en condiciones cruentas. Buscan cada día el sustento para vivir. Están expuestos a todo tipo de peligros. Se han encarnizado con ellos grupos de exterminio y se ha estimado que no menos de 3 niños de la calle son asesinados diariamente en ciudades del Brasil, entre otros países. No se ha logrado cuantificar su número preciso, pero pareciera que tiende a aumentar significativamente. El BID, por iniciativa de su Presidente, ha abierto más de 30 proyectos nacionales destinados a tratar de mejorar su situación. El Papa Juan Pablo II, que ha denunciado permanentemente esta situación inhumana, los describió en un reciente viaje a México, señalando que son "niños abandonados, explotados, enfermos". Bruce Harris, director de una de las organizaciones no gubernamentales con más actividad y logros en este campo, Casa Alianza, con sede en Costa Rica, ha destacado: "Es un fenómeno social no atendido que se ha convertido en un problema, porque la respuesta de la sociedad en general es represiva, en lugar de invertir para que tengan las oportunidades que muchos de nosotros sí tuvimos".

La presencia y aumento de los niños de la calle tiene que ver con múltiples factores, pero claramente en su centro se está denotando una quiebra profunda de la estructura básica de contención, la familia. Los procesos de erosión de la familia, de desarticulación de la misma, de constitución de familias precarias, y las tensiones extremas que genera al interior de la familia

la pauperización, minan silenciosamente la capacidad de las familias de mantener en su seno a estos niños. Es una situación de frontera que está indicando la gravedad del silencioso debilitamiento de muchas unidades familiares de la región.

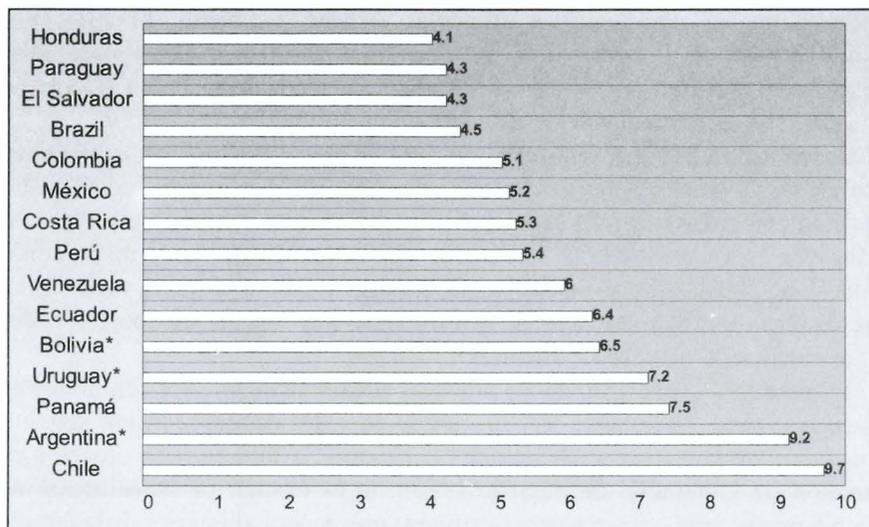
Todos los desarrollos regresivos mencionados: mujeres solas jefas de hogar, renuencia de hombres jóvenes a formar familias, nacimientos ilegítimos, madres precoces, violencia doméstica, incapacidad de las familias de proporcionar una infancia normal, niños de la calle, deben ser vistos, en su conjunto, como parte de este cuadro de debilitamiento, deben ser priorizados en las políticas públicas y por toda la sociedad, y se les deben buscar soluciones urgentes.

La familia es, como se mencionó, uno de los dos grandes marcos de formación de la población de un país. El otro es la educación. En la sección siguiente se explorarán algunos de los efectos que la pobreza, y especialmente la inequidad, están generando en los sistemas educativos de la región.

Pobreza, inequidad y educación

Se han producido avances de gran consideración en educación en la región en las últimas décadas. Se ha extendido significativamente la matriculación. En la mayoría de los países, más del 90% de los niños se inscribe en la escuela primaria. Ha descendido la proporción de analfabetos, bajando del 34% en 1960 al 13% en 1995. Sin embargo, hay serios problemas en tres áreas claves

Gráfico 4 - Promedio de años de educación



que motivan honda preocupación: la deserción, la repetición y la calidad de la enseñanza recibida.

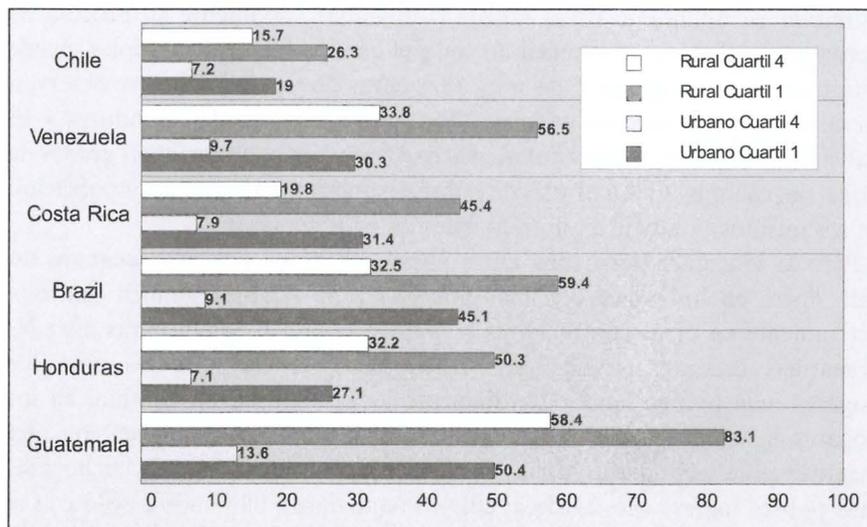
La gran mayoría de los niños inicia la escuela primaria pero, según se estima, menos de la mitad completa esa primera etapa de la educación. También hay una pronunciada deserción en la secundaria. Pueden observarse las cifras actualizadas de escolaridad en el gráfico en la página anterior (BID, 1999).

Como se observa, en un considerable número de países, incluidos los dos países de mayor población de América Latina, Brasil y México, el número de años promedio de escolaridad alcanzado por la población es inferior a los 6 años.

Las tasas de repetición escolar son asimismo muy altas. Cerca de la mitad de los niños de la región repite el primer grado de la escuela primaria y el 30% repite en cada uno de los años siguientes. Puryear (1997) estima que un alumno promedio de la región está siete años en la escuela primaria, en los que sólo completa cuatro grados.

¿Qué factores se hallan operando tras estas tan elevadas tasas de deserción y repetición? Al desagregar las tasas de niños rezagados (desertores y repetidores) por estratos sociales, surgen algunas tendencias muy consistentes, como puede apreciarse en el siguiente gráfico:

Gráfico 5 - Porcentaje de niños de 7 a 14 años rezagados en sus estudios por residencia y cuartiles de ingreso en países seleccionados - 1990



Fuente: Publicaciones varias del Banco Mundial. Incluido en Claudia Piras, "Una herramienta para mejorar la educación: mayor poder para las escuelas", *Políticas de Desarrollo*, Boletín de Investigación, BID, marzo de 1997.

En todos los países incluidos en el cuadro se da la misma situación. En las ciudades, los niños del 25% más pobre de la población (Urbano, Cuartil 1) tienen tasas de rezago muy superiores a los del 25% de mayores ingresos (Urbano, Cuartil 4). Así, en Brasil, por ejemplo, los desertores y repetidores del grupo pobre son el 45% del total de niños; en cambio, en el grupo de mejores ingresos, la tasa es del 9%. La probabilidad de ser un niño rezagado en el Brasil resulta cinco veces mayor si se pertenece a los sectores pobres. Las distancias son, asimismo, muy importantes en las áreas rurales, según el cuartil de ingresos al que pertenecen los niños.

Los elevados niveles de deserción y repetición aparecen estrechamente vinculados a la pobreza y la inequidad. La pertenencia a familias pobres va a significar desventajas para los niños en aspectos claves para su permanencia y resultados en la escuela. El capital educativo que puedan aportarles sus padres tenderá a ser limitado, los grados de hacinamiento de la vivienda que impiden la concentración en los estudios y los dificultan de diversos modos pueden ser altos. Si la familia forma parte de las numerosas familias con un sólo cónyuge, o desarticuladas, ello influirá severamente sobre sus estudios. Por otra parte, como se ha visto en diversas realidades, la pobreza viene acompañada de secuelas de desnutrición. En esas condiciones, el niño difícilmente puede rendir. Además, como se vio, una proporción significativa de niños de hogares pobres se ven obligados a trabajar en la edad en que debieran tener la posibilidad de dedicarse plenamente a la escuela, lo que va a estimular su abandono de la misma o dificultar seriamente su proceso de aprendizaje. Si bien intervienen en todo el cuadro factores múltiples, puede estimarse que, por ejemplo, las muy altas cifras de repetición que se observan en cuatro países centroamericanos (Nicaragua, Guatemala, Honduras y El Salvador), donde los niños tardan más de 10 años en completar seis grados de primaria, están ligadas a niveles de pobreza superiores al 70% de la población en los mismos, y a déficits nutricionales de consideración.

Pero la vinculación estrecha entre pobreza y bajos niveles educativos no sólo opera en los países con más pobreza de la región, también funciona activamente en otros con menores niveles de pobreza. Según cifras oficiales argentinas recientes (INDES/SIEMPRO,1999), el 7,9% de los niños de hogares más pobres ingresó tardíamente a la primaria; en cambio, en los hogares más ricos, sólo sucede ello con el 4,5%. Las distancias son aún mayores en la secundaria. Mientras el 25% de los adolescentes de los hogares más pobres ingresa más tarde al colegio secundario, ello sucede sólo con el 8,5% de los que pertenecen a los estratos más ricos. En general, el 27% de los niños de 6 a 14 años de edad de los hogares pobres repitió algún grado, mientras en los ricos sólo repite el 4,4%. Los resultados finales son, en la

Argentina, que sólo el 25% de los hijos de los hogares más pobres termina secundaria, en tanto lo hace el 76% de los que vienen de hogares ricos.

Examinando la situación de 15 países de la región, el BID (1998) concluye que:

- De cada 100 niños que comienzan la escuela primaria en Bolivia, Brasil, Colombia y Perú, sólo llegan 15 a 9 años de escolaridad.
- De cada 100 niños que inician la primaria en Guatemala, Haití y República Dominicana, sólo llegan 6 a 9 años de escolaridad.
- En general, de cada 100 niños que provienen del 40% más pobre de la población, menos de la mitad llega al quinto grado. Sólo el 10% llega al noveno grado.

Ello, más lo que sucede en secundaria, que registra tendencias semejantes, genera una brecha de grandes dimensiones en cuanto a los años de escolaridad de los diferentes estratos sociales:

- Los jefes de hogar del 10% más rico de la población tienen 12,1 años de educación. Los jefes de hogar del 30% más pobre, sólo 5 años de educación.
- Entre ambos grupos hay una distancia de 7,1 años de escolaridad. La distancia es aún mayor en México, 9 años, y en Brasil, Panamá y El Salvador, 8 a 9 años.

Pobreza y desigualdad van modelando un patrón de oportunidades en educación absolutamente inequitativo.

A las de deserción y repetición, se suman las pronunciadas diferencias existentes en cuanto a la calidad de la educación a la que pueden acceder los diversos estratos sociales. Las escuelas a las que acceden estratos más altos logran un rendimiento superior de los alumnos. Ello está fuertemente ligado a la situación ventajosa de dichas escuelas en aspectos concretos vitales para la calidad del proceso de aprendizaje. Los sueldos de los maestros de las escuelas privadas son muy superiores, el número de horas de clase anuales es mayor (en las escuelas privadas es de 1.200 horas anuales, en las escuelas públicas de menos de 800 y en las rurales de 400), los materiales de apoyo y medios didácticos con que cuentan son mejores, y la infraestructura es adecuada y funcional frente a las precariedades que suele presentar la de la escuela pública. Estas distancias de calidad tienen alta significación si se tiene en cuenta que la escuela pública concentra la gran mayoría de la matrícula de la región, y la escuela privada, en cambio, un porcentaje reducido de la misma.

Una instancia hoy cada vez más valorizada del proceso educativo es el

preescolar. En ella se estimulan y desenvuelven capacidades y habilidades que van a influir en las posibilidades de aprendizaje en las etapas siguientes. En América Latina, esta etapa, fundamento de las posteriores, se halla al alcance de sectores limitados. Según estimados de CELADE-BID (1996), en 1990 sólo el 14% de la población potencial estaba atendida. Describe Lavin (1994), con respecto a la situación, que esta oferta educativa "se dirige a los sectores medios y altos pese a ciertos avances en la atención a áreas marginadas a través de programas no formales de bajo costo". Se establece allí, nuevamente, una inequidad en el acceso a este relevante nivel educativo.

Todas las tendencias mencionadas, las distancias en deserción, repetición y calidad entre los sectores desfavorecidos y los de mejores ingresos, determinan "destinos educativos" muy diferentes. Puryear (1997) caracteriza así la situación de conjunto:

Los sistemas de educación primaria y secundaria de América Latina están fuertemente segmentados en función del status económico de las personas, quedando las más pobres relegadas al sistema público, en tanto que los ricos y la mayoría de la clase media asisten a colegios privados. Como resultado se tiene un sistema profundamente segmentado, en el cual los pobres reciben una educación que es abiertamente inferior a la que reciben los ricos. Un número desproporcional de aquellos que repiten y aquellos que desertan, es pobre. Incluso cuando los pobres permanecen en el colegio, tienden a aprender menos.

Impactados por la pobreza y las profundas desigualdades de las sociedades latinoamericanas, los sistemas educativos, que aparecen como una fundamental vía para mejorar la movilidad social y la igualdad de oportunidades, tienden a constituir circuitos rígidos para pobres y ricos, creándose un "círculo perverso". Los niños desfavorecidos no completan, en la mayoría de los casos, estudios primarios y difícilmente estudios secundarios; los estudios que cursan son de un nivel de calidad inferior y quedan, por ende, en amplia desventaja para acceder y permanecer en el mercado laboral. En el mismo, percibirán ingresos muy inferiores a los sectores con más educación, ampliándose las brechas de inequidad. Conformarán, a su vez, familias con reducido capital educativo y restricciones severas, que tenderán a generar situaciones similares en sus hijos.

Algunas conclusiones

A inicios del nuevo siglo, el destino de las naciones aparece cada vez más ligado a la calidad de su población. Los niveles de salud, educación, cultura y

participación de los habitantes de un país son decisivos para la existencia de democracias estables, la obtención de un desarrollo sostenido, la preservación del medio ambiente, el crecimiento cultural. Así lo evidencia el escenario histórico de los últimos 50 años. Los países que han invertido más en su población y lo han hecho de modo sostenido, convirtiendo áreas como salud, educación y cultura en una verdadera política de Estado, son los que en la mayoría de los casos han alcanzado crecimiento económico y progreso tecnológico más sostenidos, elevados indicadores de desarrollo humano, democracias activas, maduración cultural. Cuidar su población les ha permitido avanzar en el camino de un desarrollo integrado. Se mencionan, con frecuencia, como referencias significativas de ese orden de desarrollo, los casos de países que encabezan las estadísticas mundiales en lo económico y lo social como Canadá, Noruega, Suecia, Dinamarca, Holanda, Bélgica, Israel y otros. En todos esos países estuvieron, entre las estrategias centrales que trataron de implementar, la protección y el desarrollo de la familia y la inversión continuada y creciente en educación.

Hacia el siglo XXI, las exigencias históricas en cuanto a contar con una población sana y calificada serán crecientes. Como lo señala Thurow (1996), será un siglo de "conocimiento intensivo". La capacidad para generar, absorber y manejar conocimiento será cada vez más la clave de los procesos productivos. Las industrias de punta como comunicaciones, informática, biotecnología, ciencia de la información, robótica y otras están basadas en conocimientos. En un siglo que se anuncia como fundado en el conocimiento, y donde seguirán produciéndose cambios acelerados en el mismo, los niveles de salud física y psicológica y los grados de formación de la población serán decisivos en la capacidad de los países de insertarse en este contexto de explosión tecnológica. La productividad, el progreso técnico, la posibilidad de ubicación exitosa en la economía globalizada estarán ligados al capital humano de que disponga una sociedad.

Como se ha señalado, las unidades familiares y los sistemas educativos son estructuras fundamentales en la modelación de la "calidad población" de un país. La familia, como se vio, incide en aspectos tan sustanciales tales como, entre otros: el patrón de valores, indicadores básicos de salud, la inteligencia emocional, los estilos de pensamiento, y afecta fuertemente el desempeño educativo. Por otra parte, los grados de acceso a las diferentes etapas del sistema educacional y la calidad de los procesos de aprendizaje en los mismos definirán aspectos centrales del nivel de calificación de la población.

La pobreza y la inequidad latinoamericanas están golpeando fuertemente estas estructuras, pilares de la sociedad democrática, y a través de ello, están causando graves daños económicos, sociales y políticos a la región.

Los desequilibrios y costos que ello genera recorren múltiples planos. La

región accede al siglo XXI con una mano de obra muy débilmente preparada. Thurow (1998) resalta: "Actualmente, para poder estar en el nivel necesario y poder competir en el mundo, un trabajador debe tener al menos 3 años de educación postsecundaria. Si no los tiene es un discapacitado laboral. El surgimiento de las grandes industrias del futuro está basado en la capacidad intelectual de su fuerza laboral". Ese cuadro contrasta duramente con el nivel de escolaridad promedio de la región, que se halla en los cinco años. Las dificultades familiares y las restricciones educacionales inciden asimismo, diariamente, sobre la productividad laboral. Afectan severamente aspectos básicos de la calidad de vida cotidiana de amplios sectores de la población, generando fuertes tensiones sociales. Son una fuente de pérdida de credibilidad en el sistema político. Llevan a un retraimiento de la participación en el mismo. La presencia de su acción negativa silenciosa puede observarse en infinidad de aspectos. La ilustra el peso que están ejerciendo en uno de los problemas que hoy está alarmando en mayor medida a todos los sectores de las sociedades latinoamericanas, el ascenso de la inseguridad y la criminalidad.

Según los informes del BID (Notas Técnicas, y Buvinic, Morrison, Shifter, 1999), la tasa de homicidios de América Latina viene subiendo fuertemente. Ascendió más del 44% entre 1984 y 1994. Es actualmente la segunda más alta del mundo. Hay en la región anualmente 22,9 homicidios por cada cien mil habitantes de población. La tasa más que duplica el promedio mundial, que es de 10,7. Sólo el África subsahariana tiene una tasa más elevada. Muchas de las ciudades de la región son consideradas actualmente ciudades inseguras. Las tasas de homicidios de algunas multiplican muchas veces el promedio mundial. Las ciudades con mayores tasas son: Medellín, con 248 homicidios por cada 100.000 habitantes, Cali 112, Guatemala 101,5, San Salvador 95,4, Caracas 76, Río de Janeiro 63,5, Bogotá 49,2 y São Paulo 48,5. En México, los robos violentos se triplicaron entre 1990 y 1996. En esa capital, en 1990, se robaban 40 automóviles diarios; en 1996, la cifra pasó a 157 automóviles diarios.

La criminalidad y la violencia causan daños de todo orden, pero además tienen ingentes costos económicos para las sociedades. Naciones Unidas estima que el Brasil pierde anualmente, a causa de la violencia, cerca del 10% de su Producto Bruto, 80.000 millones de dólares. Según un estudio del Instituto de Estudios Religiosos y el BID (1999), la violencia le cuesta a Río de Janeiro 1.100 millones de dólares anuales, de los cuales 500 se utilizan en atender a las víctimas de asaltos y enfrentamientos con armas de fuego.

La criminalidad latinoamericana tiende a tener un definido carácter de "criminalidad juvenil". Gran parte de los delitos son perpetrados por jóvenes. Las investigaciones sobre las causas de la misma identifican múltiples factores

de diversa índole.² Entre ellos, destacan claramente el tipo de familia a que pertenecen los jóvenes, el nivel educativo que tienen y su grado de inclusión en el mercado laboral.

Como se ha visto ya anteriormente, la familia es una de las principales posibilidades que tiene una sociedad para la prevención del delito. Si, como está sucediendo en amplios sectores de la región, la unidad familiar se presenta desarticulada y precaria ante el embate de la pobreza y la inequidad, la sociedad está perdiendo el papel que podría jugar la familia en este campo.

Se ha observado en la región, e internacionalmente, una clara correlación entre grado de educación y criminalidad. Como tendencia, desde ya con sus excepciones, se considera que al aumentar el nivel educativo, se reduce el delito. En América Latina, vastos contingentes de niños quedan, en los hechos, excluidos del sistema educativo al poco tiempo de iniciarse en el mismo.

La debilidad del núcleo familiar que, entre otros aspectos, empobrece el rendimiento educativo del niño y su "capital social" (red de contactos, pertenencia a asociaciones, etc.), y la falta de preparación son dos factores que van a contribuir a que tenga limitadas posibilidades en un mercado de trabajo caracterizado por altas tasas de desocupación. Sus chances en el mismo son limitadas.

En definitiva, se van conformando en muchos países de la región contingentes masivos de jóvenes de débil base familiar, excluidos del sistema educacional y del mercado de trabajo. Anomia y exclusión social son claramente factores de riesgo en cuanto a la asunción de conductas delictivas.

¿Son enfrentables el conjunto de problemas identificados? ¿Es posible encarar de modo concreto las debilidades que presentan las dos grandes estructuras formadoras de los recursos humanos de la región, familia y educación?

No es admisible ninguna declaración de impotencia al respecto; América Latina tiene enormes recursos potenciales de carácter económico y una historia plena de valores como para encarar problemas de este orden. Cuenta actualmente, asimismo, con un logro de gigantescas proporciones, la democratización de la región. Este desafío tiene que ser prioridad para las democracias establecidas en toda la región con tantos esfuerzos y luchas de la población. Es lo que se espera de un sistema democrático.

Amartya Sen (1981) ha identificado cómo las grandes hambrunas masivas de este siglo se han producido bajo regímenes dictatoriales. En cambio, en la democracia, la presión de la opinión pública, de los medios, de diversas expresiones de la sociedad organizada, obligan a los poderes públicos a prevenirlas.

Los Estados y las sociedades latinoamericanas se deben proponer amplios

pactos sociales para fortalecer la familia y mejorar la situación educativa. Las políticas públicas en la región deben tomar debida nota de la trascendencia de los roles que juega la familia y actuar en consonancia. En el discurso público usual en América Latina se hace continua referencia a la familia, pero en la realidad no hay un registro en términos de políticas públicas. Son limitados los esfuerzos por montar políticas orgánicas de protección y fortalecimiento de la unidad familiar, agobiada por el avance de la pobreza y la inequidad. Existen numerosas políticas sectoriales, hacia las mujeres, los niños, los jóvenes, pero pocos intentos para armar una política vigorosa hacia la unidad que los enmarca a todos y que va a incidir a fondo en la situación de cada uno, la familia.

La política social debería estar fuertemente enfocada hacia esta unidad decisiva. Es necesario dar apoyo concreto a la constitución de familias en los sectores desfavorecidos, proteger detalladamente los diversos pasos de la maternidad, respaldar las sobreexigencias que se presentan a las familias con problemas económicos en los trances fundamentales de su existencia, darles apoyo para erradicar el trabajo infantil y que sus niños puedan dedicarse a la escuela, desarrollar una red de servicios de apoyo a las mismas (guarderías, apoyos para ancianos y discapacitados, etc.), extender las oportunidades de desarrollo cultural y de recreación familiar. Ello exige políticas explícitas, contar con instrumentos organizacionales para su ejecución, asignación de recursos, alianzas entre el sector público y sectores de la sociedad civil que pueden contribuir a estos objetivos.

En el campo educacional se han hecho esfuerzos importantes, pero hay muchísimo que hacer frente a la magnitud de los déficits existentes. Por lo pronto, se requiere que la sociedad en su conjunto asuma la educación como una de las principales inversiones que un país debe realizar para cuidar su futuro y, por ende, se le dediquen los recursos correspondientes. A pesar de los avances, en numerosos países de la región el gasto en educación tiende a estar en el orden, o por debajo, del 4% del Producto Bruto. En algunos de los países que han "apostado" a la educación de modo consistente, es muy diferente. En Noruega y Dinamarca es del 8,3%, en Israel el 9%, en Suecia el 8%, en Finlandia el 7,6%, en España el 6,2%. Se estima que los países desarrollados destinan 115.220 dólares, en promedio, para cubrir la formación de una persona desde el preescolar hasta concluir sus estudios en la Universidad. En uno de los países más avanzados comparativamente en la región, Argentina, la cifra es de 12.644 dólares. Ante realidades de este orden, señala Birdsall (1994): "Los pobres han recibido un derecho —habrá educación universal. Pero sin recursos, la calidad de esa educación y, por consiguiente, el valor de ese derecho, se ha derrumbado".

Se debe continuar extendiendo las posibilidades de ingreso al sistema

educativo. Como se refirió, la participación en preescolar, particularmente de la población humilde, es muy reducida. En primaria todavía quedan sectores significativos, particularmente en las zonas rurales, que deben ser incorporados. En algunas de las áreas rurales sigue habiendo un sesgo discriminatorio hacia las niñas. En Guatemala, por ejemplo, en las áreas rurales muchas niñas no llegan a la escuela y dos de cada tres que la inician, abandonan antes de completar el tercer grado. El 60% de la población femenina del país es analfabeta.

Las políticas públicas deben encarar vigorosamente el problema de la inequidad en la calidad de la educación impartida. Una estrategia maestra para ello es el fortalecimiento de la escuela pública. Debe jerarquizarse a los maestros, ejes de cualquier proceso de avance, revisar currículos, mejorar los medios didácticos y la infraestructura. Se requiere conformar una verdadera profesión docente, con salarios adecuados, oportunidades de crecimiento y capacitación, que pueda atraer a jóvenes valiosos. En diversos países de Europa Occidental, por ejemplo, los maestros ganan sueldos mayores a los sueldos promedio de la economía, indicando la importancia que se da a su trabajo. Puryear (1997) destaca, sobre la situación de los maestros en la región: "Se ha permitido el deterioro de la profesión docente. Los profesores de todos los niveles educacionales están generalmente mal formados, y peor pagados, y tienen pocos incentivos para la excelencia profesional y el perfeccionamiento. Los bajos salarios y las condiciones precarias han empeorado, particularmente el reclutamiento de nuevos profesores". Germán Rama (1993) reconstruye cómo evolucionó la situación:

... formar un buen cuerpo de maestros para todas las escuelas y un buen sistema de orientación y supervisión, enmarcado el todo en una ética de la función del maestro en la sociedad, llevó en algunas sociedades un esfuerzo de medio siglo. Políticas de ajuste económico que, sin proponérselo intencionalmente, pauperizaron a los maestros, dejaron de mantener y construir locales escolares, y hacinaron a los niños, promovieron una profunda crisis de la profesión de maestro. Los mejores profesores buscaron ocupación en otra parte, los que quedaron se burocrataron y dejaron de creer en lo que hacían —porque a través de las políticas públicas, se desvalorizó ese noble acto de enseñar a los niños— los jóvenes capaces no quisieron ir a formarse a los institutos normales y, en algunos países, es posible que en el futuro inmediato no haya jóvenes profesionales para sustituir a los antiguos, que se retiran o abandonan, y se vuelva a una enseñanza con maestros sin título.

¿Es imposible resolver estos problemas? Pareciera que sí existen vías efectivas para afrontarlos. En la misma región, varios países han hecho esfuerzos continuados, con excelentes resultados. Costa Rica, país con recursos económicos muy modestos, ha considerado a la educación un gran proyecto nacional y una amplia concertación social apoyó su continuo fortalecimiento durante décadas. Tiene altos indicadores de rendimiento educativo. Entre otros aspectos, la calidad de sus escuelas fue uno de los principales factores que le ha permitido atraer recientemente inversiones tecnológicas de punta, que saben que cuentan con un respaldo sólido en su sistema educativo. En 1997 modificó su constitución para introducir en ella una cláusula que obliga a los Gobiernos a invertir en educación no menos del 6% del Producto Bruto Nacional. Ello fue aprobado unánimemente por todas las fuerzas políticas. Uruguay, con significativos logros en educación, está procurando, sin embargo, llegar a la universalización del preescolar para el año 2000. El Chile democrático elevó considerablemente los presupuestos para educación, fortaleció la profesión docente, subió los salarios de los maestros en términos reales en 80% desde 1990 a 1998, e inició una política sostenida de mejoramiento de la equidad en educación.

Poner en práctica políticas agresivas y sostenidas de familia y educación generaría, asimismo, una serie de círculos virtuosos positivos que derivarían de las interrelaciones entre ambas. Familias más fuertes influirán en un mayor rendimiento educativo de los niños en las escuelas. Mejores niveles de escolaridad llevarán a una reducción de la maternidad precoz. Los resultados pueden alcanzar dimensiones como las que han señalado diversos estudios, que indican que una de las más productivas inversiones que puede hacer una sociedad, es mejorar la educación de sus niñas. En América Latina se ha estimado que, agregando sólo un año de escolaridad a las niñas pobres, se reduciría la mortalidad infantil en un 9 por mil. A través de esa ampliación de su educación, se les estaría proporcionando un capital de conocimientos que les posibilitaría prevenir el embarazo adolescente, manejar mejor el período preparto, el parto, la etapa posterior, y mejorar la gestión nutricional.

El peso de la pobreza y la inequidad sobre los sectores humildes de América Latina está creando "situaciones sin salida" que es imprescindible enfrentar a través de políticas como las referidas, y otras que aborden los planos trascendentales del empleo, la producción y diversos aspectos económicos. Es inadmisibles que puedan seguir operando "círculos de hierro" como el que capta un informe sobre la familia de CEPAL (Panorama Social de América Latina, 1997). Señala que "según el país, entre el 72 y el 96% de las familias en situación de indigencia o pobreza tienen padres con menos de 9 años de instrucción". Ello significa que la pobreza lleva en la región a limitada educación, que a su vez conduce a formar familias cuyos hijos tendrán

reducida escolaridad, lo que influirá en mantener destinos familiares de pobreza intergeneracionalmente.

Se podrá argüir que no existen recursos para llevar adelante políticas de familia y educación renovadas. Es necesario, desde ya, hacer todo lo posible para que los países crezcan, mejoren su productividad y competitividad, y se amplíen los recursos, pero al mismo tiempo se hace imprescindible mantener una discusión activa sobre prioridades. Este orden de discusión estimulará la racionalización en el uso de los recursos limitados. Al mismo tiempo, se deben ampliar los recursos convocando ampliamente a toda la sociedad a participar activamente de políticas fortalecedoras de la familia y la educación. Diversas sociedades avanzadas del mundo cuentan, en ambos campos, con grandes aportes de la sociedad civil y de trabajo voluntario. Por otra parte, experiencias como las antes citadas de países pequeños de la misma región, con recursos limitados, como Costa Rica y Uruguay, muestran que es mucho lo que se puede hacer si las prioridades están claras.

Fortaleciendo la familia y la educación se está mejorando el capital humano de la sociedad, palanca del crecimiento económico y el desarrollo social, y base de la estabilidad democrática; pero más allá de ello, actuar en esta dirección no es sólo mejorar un medio: hace al fin último de toda sociedad democrática. La familia es una base fundamental para múltiples áreas de actividad, pero es sobre todo un fin en sí mismo; lo mismo sucede con la educación. Fortalecerlas es dar paso efectivo a las posibilidades de desarrollo de las potencialidades del ser humano, es dignificarlo, es ampliar sus oportunidades, es hacer crecer su libertad real.

Cada hora que transcurre en esta América Latina, afectada por los problemas sociales descriptos, sin que haya políticas efectivas en campos como éstos, significará más familias destruidas, o que no llegarán a formarse, madres adolescentes, niños desertando de la escuela, jóvenes excluidos. La ética, en primer lugar, la propuesta de la democracia y el ideario histórico de la región exigen sumar esfuerzos y actuar con urgencia para evitarlo.

NOTAS

1. El tema de los problemas sociales que afronta la región es tratado más detalladamente en Bernardo Kliksberg, "Cómo enfrentar los déficits sociales de América Latina", incluido en B. Kliksberg (comp.), *Pobreza. Un tema impostergable. Nuevas respuestas a nivel mundial*, Fondo de Cultura Económica, 4ª edición, 1997.
2. El tema es abordado en profundidad por Luis Ratinoff en "Delincuencia y paz ciudadana", BID, 1997.

REFERENCIAS

- Banco Interamericano de Desarrollo (1998). "Facing up to inequality in Latin America". *Economic and Social Progress in Latin America, 1998-99 Report*, Washington.
- Barker, Gary y Miguel Fontes (1996). "Revisión y análisis de la experiencia internacional con programas dirigidos a los jóvenes en riesgo. Resultados preliminares". *Grupo de Desarrollo Humano, Región de América Latina y el Caribe*, Banco Mundial.
- BID-CEPAL-PNUD (1995). "Informe sobre la situación social de América Latina".
- Birdsall, Nancy y Juan Luis Londoño (1997). "Asset inequality matters: an assessment of the World Bank's approach to poverty reduction." *American Economic Review*, May.
- Birdsall, Nancy (1994). "Quality and inequality in Latin American Education." En *Putting education first*, Conference, Washington, 15 November 1994 (mencionado en Jeffrey Puryear, "La educación en América Latina: problemas y desafíos", PREAL, 1997).
- Buvinic, Mayra, Andrew R. Morrison, and Michael Shifter (1999). "Violence in the Americas: a framework for action." En Morrison, Andrew and María Loreto Biehl (Editors), *Too close to home*, Inter-American Development Bank.
- Buvinic, Mayra (1997). En informativo especial BID, "Violencia Doméstica". *Notas técnicas*, División de Desarrollo Social, BID, 1999.
- BID (1997). Informativo especial, "Violencia Doméstica".
- Cabrillo, Francisco (1990). "El gasto público y la protección de la familia en España: un análisis económico". Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, Madrid.
- CELADE-BID (1996). "Impactos de las tendencias demográficas sobre los sectores sociales en América Latina".
- CEPAL (1997). "La brecha de la equidad", Santiago de Chile.
- CEPAL (1997). "Panorama social de América Latina", Santiago de Chile.
- Dafoe Whitehead, B. (1993). "Dan Quayle was right." *The Atlantic Monthly*, New York, April.
- Comisión de Empleo y Bienestar Social del Congreso de México (1999). Informe mencionado por *The New York Times*, 18 de enero de 1999.
- FUNDACREDESA (1999). "Informe sobre el crecimiento y desarrollo de la población venezolana", Caracas.
- Goleman, Daniel (1995). "La inteligencia emocional". Javier Vergara Editores.
- INDES-SIEMPRO (1999). Informe mencionado por *Clarín*, 8 de junio de 1999, Buenos Aires.
- Katzman, Rubén (1997). "Marginalidad e integración social en Uruguay". *Revista de la Cepal*, N° 62, agosto.
- Katzman, Rubén (1992). "¿Por qué los hombres son tan irresponsables?" *Revista de la CEPAL*, N° 46, abril.
- Kliksberg, Naum (1999). "Prácticas de interacción y de pensamiento democráticas y autoritarias". *Revista Venezolana de Gerencia*, N° 7, Universidad del Zulia, Venezuela.
- Lavin, S. (1994). "Principales tendencias, temas relevantes, y estrategias en el desarrollo educacional de América Latina en la perspectiva de desarrollo humano". Preparado para UNESCO-PNUD, *Estrategias de desarrollo humano en América Latina: la perspectiva educacional*, Chile.
- LatinBarómetro (1998). "Encuesta 1998", Santiago de Chile.
- Navarro, Vicenc (1999). "El olvido de la cotidianidad". *El País*, 6 de febrero de 1999, Madrid.
- Ocampo, José Antonio (1998). "Conferencia en Asamblea Extraordinaria de la OEA", abril de 1998, Bogotá.
- OIT. "Informe 1999", Ginebra.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Unión Europea (1999). "Informe del Proyecto Estado de la Región", San José.
- Puryear, Jeffrey (1997). "La educación en América Latina. Problemas y desafíos". PREAL.
- Rama, Germán (1993). En "Reforma Social y Pobreza", BID-PNUD, Washington, 1993.

Schiefelbein, Ernesto (1995). "Programa de acción para la reforma educativa en América Latina y el Caribe". *Conferencia Anual del Banco Mundial para el Desarrollo*.

Sen, Amartya (1981). "Poverty and famines: an essay on entitlement and deprivation." Clarendon Press, Oxford.

Thurow, Lester C. (1996). "Preparing students for the coming century." *Education Review, The Washington Post*, April 7.

Thurow, Lester C. (1998). Reportaje, *La Nación*, 21 de junio de 1998, Buenos Aires.

Tokman, Víctor (1998). "El desempleo no se va de América Latina". *Clarín*, 18 de diciembre de 1998, Buenos Aires.

UNICEF (1995). "Menores en circunstancias especialmente difíciles", Caracas.

Wilson, J. (1994). "Los valores familiares y el papel de la mujer". *Facetas*, N° 1, Washington (mencionado por Katzman, R. [1997], "Marginalidad e integración social en el Uruguay", *Revista de la CEPAL*, N° 62, agosto).



**NUEVA
SOCIEDAD**

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 2000

169

CONTENIDO

Director: Dietmar Dirmoser
Jefe de Redacción: S. Chefec

COYUNTURA: **Martín Tanaka**, Perú. Elecciones-2000 y los conflictos poselectorales. **Rubén Silié**, Haití. Crisis electoral, legislativa y gubernamental. **Lupe Cajías**, Bolivia. Del camino difícil al callejón oscuro.

APORTES: **Jesús Martín-Barbero**, Retos culturales: de la comunicación a la educación. **Jaime Sperberg F. / Barbara Happe**, Violencia y delincuencia en barrios pobres de Santiago de Chile y Río de Janeiro.

TEMA CENTRAL: SINDICALISMO. ENTRE LA EXCLUSIÓN Y LA RECONVERSIÓN. **Jaime Ruiz-Tagle**, Las organizaciones sindicales frente a la exclusión social en el Mercosur. **Ronaldo Baltar**, Globalización y acción sindical frente a la expansión de las empresas transnacionales. **Miguel Eduardo Cárdenas Rivera**, Sindicalismo y reconversión. **Martín Buxedas**, ¿Qué pasará con el empleo y la exclusión social? El caso uruguayo. **Héctor Palomino**, Los sindicatos en la Argentina contemporánea. **José Alfonso Bouzas Ortiz**, Democracia sindical en México. **Rolando Díaz**, Sindicatos y nuevo escenario político en Venezuela. **Carolina Quinteros**, Acciones y actores no sindicales, para causas sindicales. El caso del monitoreo independiente en Centroamérica. LIBROS. SUMMARIES.

<p>SUSCRIPCIONES (Incluido flete aéreo)</p> <table style="width: 100%; border-collapse: collapse;"> <tr> <td style="width: 30%;"></td> <td style="text-align: center;">ANUAL (6 núms.)</td> <td style="text-align: center;">BIENAL (12 núms.)</td> </tr> <tr> <td>América Latina</td> <td style="text-align: center;">US\$ 56</td> <td style="text-align: center;">US\$ 97</td> </tr> <tr> <td>Resto del mundo</td> <td style="text-align: center;">US\$ 86</td> <td style="text-align: center;">US\$ 157</td> </tr> </table>		ANUAL (6 núms.)	BIENAL (12 núms.)	América Latina	US\$ 56	US\$ 97	Resto del mundo	US\$ 86	US\$ 157	<p>PAGOS: Cheque en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD. Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones. Dirección: Apartado 61712- Chacao-Caracas 1060-A. Venezuela. Telfs.: (58-2) 267.31.89 / 265.99.75 / 265.53.21 / 266.16.48 / 265.18.49, Fax: 267.33.97; @: nusos@nuevasoc.org.ve; nusoven@nuevasoc.org.ve. Página digital : www.nuevasoc.org.ve</p>
	ANUAL (6 núms.)	BIENAL (12 núms.)								
América Latina	US\$ 56	US\$ 97								
Resto del mundo	US\$ 86	US\$ 157								